

—Supongo que soy el del reloj —improvisé—. Me llamo Óscar. Óscar Drai. He venido a devolverlo.

Pasaje literario: Marina (práctica 4)

Sin darle tiempo a replicar, lo saqué del bolsillo y se lo ofrecí. La muchacha sostuvo mi mirada durante unos segundos antes de cogerlo. Al hacerlo, advertí que su mano era tan blanca como la de un muñeco de nieve y lucía un aro dorado en el anular.

—Ya estaba roto cuando lo cogí —expliqué.

—Lleva roto quince años —murmuró sin mirarme.

Cuando finalmente alzó la mirada, fue para examinarme de arriba abajo, como quien evalúa un mueble viejo o un trasto. Algo en sus ojos me dijo que no daba mucho crédito a mi categoría de ladrón; probablemente me estaba catalogando en la sección de cretino o bobo vulgar. La cara de iluminado que yo lucía no ayudaba mucho. La muchacha enarcó una ceja al tiempo que sonrió enigmáticamente y me tendió el reloj de vuelta.

—Tú te lo llevaste, tú se lo devolverás a su dueño.

—Pero...

—El reloj no es mío —me aclaró la muchacha—. Es de Germán.

La mención de aquel nombre conjuró la visión de la enorme silueta de cabellera blanca que me había sorprendido en la galería del caserón días atrás.

—¿Germán?

—Mi padre.

—¿Y tú eres? —pregunté.

—Su hija.

—Quería decir, ¿cómo te llamas?

—Sé perfectamente lo que querías decir —replicó la muchacha.

Sin más, se aupó de nuevo en su bicicleta y cruzó la verja de entrada. Antes de perderse en el jardín, se giró brevemente. Aquellos ojos se estaban riendo de mí a carcajadas. Suspiré y la seguí. Un viejo conocido me dio la bienvenida. El gato me miraba con su desdén habitual. Deseé ser un dobermann.

Crucé el jardín escoltado por el felino. Sorteé aquella jungla hasta llegar a la fuente de los querubines. La bicicleta estaba apoyada allí y su dueña descargaba una bolsa de la cesta que tenía frente al manillar. Olía a pan fresco. La chica sacó una botella de leche de la bolsa y se arrodilló para llenar un tazón que había en el suelo. El animal salió disparado a por su desayuno. Se diría que aquél era un ritual diario.

—Creí que tu gato únicamente comía pajarillos indefensos —dije.

—Sólo los caza. No se los come. Es una cuestión territorial —explicó como lo hubiese hecho ante un niño—.